

Me toca hablar¹ del *trabajo sacerdotal del Padre con la mujer* y aún así recortado no es fácil sintetizar su obra femenina.

El Padre entiende que la venida de la mujer al mundo, el sentido profundo de su existencia es la de "ser instrumento de comunicación de Dios para con el varón" y para con todas las personas, para ayudar al hombre a construir la tierra y a la vez "ayudarlo en su tarea fundamental de verlo, de amarlo y de servirlo".

Cuando trata el tema de la "teología de la mujer"² se refiere al Génesis y expresa toda la trascendencia de ser ella imagen de Dios y puente de comunicación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Hace notar la incidencia del pecado original que rompe en buena parte su singular destino y muestra a la vez cómo la Virgen restablece la situación original de la mujer y desde luego aumenta la capacidad de la femeneidad hasta un punto pleno, de manera tal que la mujer pueda convertirse en un sacramental, es decir, en quien muestra con su ser y actuar la gracia y la comunica para quienes la rodean. Más, el Padre entiende que la sacramentalización de la mujer es clave para la sacramentalización de lo social —dada su misión y su capacidad comunicativa— y siéndolo de lo social, dice, es la clave para la sacramentalización de la cultura.

La capacidad sacramental femenina nace de su mayor unidad interior y de su potencia de auto expresión si se hace netamente instrumental a la gracia y a la docencia de Jesucristo. Y de esa manera podrá perfeccionar dando lo mejor de sí como lo hace la madre, no sólo en el orden sobrenatural sino en el natural. En ese dar, las personas van a comprender mejor el propio ser femenino —el "genio femenino" como dice Juan Pablo II— por esa expresión vital y mixta que la mujer tiene. Y podrá brindar más Fe y suscitar con la Fe más ideas, decisiones e intuiciones para la creación de una sociedad donde los hombres se vinculen de un modo más total, natural y sobrenaturalmente.

Por otra parte, esto permitiría no sólo una expansión en la sociedad natural, sino en la misma sociedad eclesial que nació gracias a la Encarnación del Verbo. Y entonces cooperará la mujer en facilitar al Verbo el asumir subjetivamente las otras naturalezas humanas con la colaboración femenina a fin de "expresar nuevamente su himno de amor al Dios"³.

Entendía el Padre que mientras San Benito había ganado la expresión religiosa del mundo

¹ En el acto de presentación de la publicación del VI1 volumen de la Colección Grandes Figuras del Catolicismo en la Argentina que edita la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, "*Padre Luis María Etcheverry Boneo*", el 24 de junio de 1997 en Ríobamba 1227, Buenos Aires.

² Cfr. ETCHEVERRY BONEO, Luis María, *La educación de la mujer hoy*, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1968, entre otros.

³ Cfr. ETCHEVERRY BONEO, Luis María. Ejercicios espirituales a Servidoras, 50 plática, octubre de 1957, entre otros.

y "el hablar con Dios se hace social y ritual" y mientras San Francisco había ganado el mundo de la naturaleza, "la sacramentalización de lo social tiene que estar en manos de la mujer" en primer lugar⁴. De allí que una función esencial de ella "sea, como la de la Virgen, extender su maternidad más allá de los límites de su hogar donde le es tan propia. La Virgen extendió su maternidad hasta convertirse en Madre del Cristo total —la Iglesia— y a la mujer le corresponde imitarla participando de su maternidad.

Formar a la mujer cristiana significa para el Padre prepararla en su función en el hogar y en la extensión de esa función en el mundo entero, como casa de Dios.

Cuando en los años '44 llega como capellán del Colegio de la Misericordia, presenta el ser de la mujer cristiana con toda la fuerza y la belleza de una filosofía y teología que hacen aspirar fácilmente a ideales de santidad. El Colegio se va convirtiendo en pocos meses en un lugar donde con alegría se recibe la palabra de Dios y la Gracia. Las "clases de religión" son esperadas como lo más importante de la semana. La renovación espiritual y cultural de sus docentes se siente rápidamente en el alumnado. Por otra parte, ese movimiento se extiende a través de las distintas instituciones que tiene el Colegio. Las alumnas se emulan recíprocamente para interesarse por lo verdadero, lo bueno, lo digno de ser querido y lo lindo. Se siente un profundo agradecimiento a Dios por ser mujeres y por ser hijas de la Iglesia.

En 1947 el Padre crea los primeros grupos de formación femenina "Santa Teresa del Niño Jesús". Su patronazgo tiene una razón de ser: entiende que la Santa de Lisieux ha iniciado una "teología de la cultura y de lo social" por cuanto en los detalles y las cosas pequeñas, así como en las relaciones personales, busca el sello de Dios y el conformarlas de modo que se constituyan en verdaderos puentes de gracia, o sea, hacer de modo que el quehacer temporal sea lo más perfecto posible y consiga a la vez su fin eterno ya que ella entendió que el mundo es casa de Dios, casa de su Padre y su actitud filial la lleva a amar y dar gusto por el amor confiado y en esa confianza reposan sus empresas misioneras pequeñas o grandes y su "pequeño camino", seguro camino de humildad y confianza que según el Padre traza una línea de teología espiritual muy consecuente con una teología de las realidades terrenas —que el Padre estaba desarrollando— tarea de colaboración femenina que desemboca en la sacramentalización de la cultura donde entra la técnica —recordemos su simbología con el ascensor— que Teresita inicia en su convento en la vida cotidiana de su convento y con la obediencia al Padre que, a través de sus superiores, le pide también que trace las líneas de su "camino" en su *Historia de un alma*.

Por ello el Padre Etcheverry avizora lo que la Iglesia iría analizando a través del tiempo y acabaría en la proclamación de la santa como Doctora de la Iglesia. Santa Teresa con su

⁴ Idem.

"camino" se constituye en una base de vida cristiana fundamentada en una teología espiritual abierta a la cultura cristiana universal.

El objeto de la formación femenina que el Padre quiere brindar es formar mujeres que sepan gobernarse a sí mismas y gobernar su propio hogar y ayudar a otras mujeres en esa tarea singular. Mujeres que el mundo contemporáneo llama a ocupar un lugar en la dirigencia de la sociedad civil ubicadas en sus respectivas profesiones y que ayuden a ubicarse a otras mujeres. O quienes llamadas a una vida de consagración tengan los elementos para discernir su compromiso con Jesucristo y la Iglesia.

Por ello el tema fundamental de las reuniones de formación es una visión cristiana del mundo –como más tarde diría Juan Pablo II es el fin de la educación– y una espiritualidad femenina del tiempo y espacio que le toca vivir, contemplando la universalidad a la que tiende la dirigencia de la sociedad y a la vez propia de la familia para preparar a la mujer para la tarea nuclear que le iba a tocar como esposa y madre, de su hogar y del mundo. Temas también de actualidad que con su discernimiento van formando criterios cristianos existenciales. Y el estudio concreto de instituciones de la cultura o de la vida social que adelantan la ubicación en los lugares de acción.

Por otra parte, aquella convocatoria de formación prepara con el sello de la femineidad y por lo tanto de la maternidad en muy distintos sectores profesionales, incluso para la vida gremial y política. No se trata de una mera instrucción, se trata de una conformación según las necesidades de la cultura cristiana a la que hay que servir con un trabajo, una profesión, una tarea, una vida social en la que se pueda ser levadura para llevar lo sobrenatural y sanar y elevar la naturaleza.

A la vez hay una formación filosófica y teológica indispensable para discernir los fundamentos de la realidad natural y sobrenatural y ubicarse en el verdadero ser de las cosas.

Paralelamente en sus conferencias, cátedras universitarias y largamente en reuniones desarrolla la labor central de su pensamiento: la teología de las realidades terrenas y la sacramentalización de lo social donde piensa la extensión de la gracia del sacramento del matrimonio a todo el quehacer social y a propósito de todo actuar humano inteligente y libre y redimido por Jesucristo; entiende que es necesario preparar el actuar del hombre para que a la vez construya la tierra y encamine a la eternidad e instrumentalizarlo para el cielo con la bendición y la gracia que la Iglesia quiera brindar, como ya lo hizo con los utensilios del trabajo del campo Juan XXIII.

Entiende el Padre que debe colaborar en el desarrollo de esta doctrina en la Iglesia, en formar personas e instituciones y ofrecer así los elementos para ir formando dirigentes capaces de desarrollar en el ámbito de la cultura, lo mismo que en el del quehacer social, a quiénes

podrían a la vez que tener el discernimiento de lo presente, tener una sólida intuición del futuro para preparar también en el servicio activo a la Iglesia a quienes podrían constituirse en colaboradores en los distintos campos de la vida natural y cultural donde la Iglesia está presente como alma de la sociedad.

Nos hacía "sentir Iglesia" a todos: sacerdotes, laicos y consagrados, familias e instituciones.

Cuando a pocos años de haber trazado e iniciado con su estilo de formación este diseño de un servicio a la Iglesia eminentemente sacerdotal, con una espiritualidad propia del sacerdocio de los fieles por la consagración bautismal y en un tiempo que él ya veía uniéndose en el espacio con rápidos pasos y configurándose a través de la técnica como cultura universal, el Padre fundó las servidoras, a escasos diez años de su llegada al país luego de sus estudios en Roma. El Padre ubicó en el panorama histórico y actual de la Iglesia a la Servidora, donde la Virgen María había abierto el panorama con inteligencia y corazón de mujer y Teresa del Niño Jesús había comenzado una teología de la cultura y había dado los pasos de la sacramentalización de lo social, uniendo como gustaba hacer los hitos de la cultura cristiana con un San Benito, San Francisco, las catedrales del pensamiento y artes del medioevo, las figuras preclaras modernas y contemporáneas con la aparición de la humilde monjita del Carmelo.

Cuando su pensamiento de Padre, Maestro y sacerdote, con la madurez propia de los hijos singulares de la Iglesia, vio las necesidades de ésta en el campo femenino, no dejó de divisar las grandes órdenes y congregaciones con sus aportes conformadores de la historia cristiana pasada y presente y la de los institutos seculares y movimientos femeninos. Pero entendió que se requería un servicio a la Iglesia por parte de la mujer consagrada a Jesucristo, sin aditamentos, que fuera pronto y preparado para cualquier necesidad del tiempo porque de la eternidad —como era su profundo sentido del quehacer eclesial—. Un servicio a la vez **personal** como el de la madre para cada hijo según la necesidad que su intuición, su amor y su inteligencia preparada podrían divisar y servicio **social**, comenzando por la primera sociedad, la familiar, donde la mujer tiene la misión de procrear y educar. Mujer que ame como propios los hijos de las familias que se acercan o a quienes debe buscar.

Y, **quehacer eclesial** extendido a la sociedad educativa y cultural, la que se interesa por el acerbo de la cultura total y crea también cultura en el campo de la investigación, en lo artístico, o científico, la filosofía y también la teología y en todo aportando corazón e intelecto de mujer y colaborando con la Iglesia en todos los niveles. Quehacer eclesial que a su vez **forme** una interioridad femenina con la fisonomía de la esposa y la madre, la empleada y la maestra, la profesional y la política.

Mujer consagrada sólo a Jesucristo para que como su Madre —analogado principal de esta

vocación que nacía— pudiera cumplir todo servicio humano dando uno divino: como en la Visitación, porque Jesucristo la tome como instrumento femenino personal —inteligente y libre— en su camino sacerdotal extendido en Jesucristo Místico a través del tiempo y del espacio que comienza desde luego en la propia tierra donde el amor de patria es tan fácilmente transmisible por la mujer, ser maternal por antonomasia.

El Padre no llegó a Roma para presentar esta vocación a la Iglesia. Murió camino a este objetivo.

A quienes nos tocó hacerlo pudimos comprobar en la actitud receptiva y admirada —de todos aquellos a quienes debimos dirigirnos— por el adelanto del Padre a los tiempos: era inusitado que en el año '52 —diez años antes del Concilio Vaticano II—, el Padre hubiera gestado esta vocación tan propia de la Iglesia contemporánea y una visión de la consagración tan fuerte y total. E inusitado también que el Padre hubiera diseñado un servicio, una diaconía a la Iglesia en cualquiera de los ámbitos que ella necesitara, pero a la vez que exigiera a ese servicio tener la visión de las necesidades de la mujer, de la familia, —varones y mujeres— de la vida del trabajo con sus cultores, de la vida de la contemplación y de la acción, de la Iglesia y del mundo con la humildad del Fiat de la Virgen ante cualquier necesidad pedida o divisada y con la "confianza filial" de Teresa del Niño Jesús y el "emprendimiento fuerte, prudente y perseverante" del Cura de Ars.

Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem* presentó muchos de los elementos relativos a la vida femenina: su dignidad en la Iglesia y en el mundo, que el Padre había adelantado. Con mente de Fundador gestó un diseño esencial y a la vez detallista, presentó la "antigua novedad" —refiriéndose a las diaconisas, vírgenes y viudas de los primeros siglos de la Iglesia— y la brindó a la Iglesia "puesta al día"; no pensó en obras propias, sino en las de la Iglesia.

"Profetizó" —diríamos hoy— que la Iglesia asumiría esta vocación de servicio femenino con la grandeza de la consagración que lo entrega todo, y a la vez todo lo conserva instrumentalmente, hasta su corazón, pues justamente siendo sólo y exclusivamente para Jesucristo, lo es para todos siempre.

Y así nada humano debe ser ajeno a la servidora y en medio del mundo —sin ser de él— "administrándolo" todo, como quien recibe una misión y obedeciendo profundamente a la palabra y el deseo del Verbo y de la Trinidad, de Jesucristo que al encarnarse y al fundar su Iglesia asumió el mundo todo y particularmente el de la naturaleza humana. Y así todo lo que la Iglesia y el mundo hagan a través del tiempo y del espacio para el quehacer terreno lleve a la vez a la eternidad, porque todo sea "restaurado en Jesucristo".

Y aunque —como todas las vocaciones y misiones— se completarán en el último día,

ahora, después de 25 años de su muerte, el Padre Etcheverry puede ver a sus hijas al servicio concreto de la Iglesia universal y particular, de la parroquia, de la ciudad y del campo y de las instituciones y movimientos religiosos, y de toda persona que busque una acogida y una formación, una madre y una hermana. Puede ver cómo las Ciencias de la Cultura –cuyo Instituto soñara gestar al servicio de toda cultura– se van lentamente aproximando en el encuentro de filósofos y teólogos con científicos y técnicos del país y del exterior. Y cómo las artes, sobre todo la música tiene su *campus* también permitiendo el encuentro de cultores de la música del país y del exterior. Cómo las Ciencias de la Cultura y sus cultores encuentran la acogida de un hogar cristiano y un aporte intelectual también sellado con corazón de mujer que busca colaborar en el "*restaurarlo todo en Jesucristo*".

Espontáneamente a quienes lo conocimos desde nuestra adolescencia y hemos caminado ya largo en la vida se nos hace vivo un ¡ gracias Padre! por todo el cauce que dio al camino de la mujer y cómo previó su continuidad en todos los ámbitos. Esperamos que un día no lejano, todos podamos decir por la entrega lúcida y llena de grandeza del Padre que no se detuvo en ninguna pequeñez: ¡gracias Padre! como hoy decimos con nuestra presencia los que estamos aquí.

Lila Blanca Archideo